

Cuba: El precio de la crítica.
Jesús Yáñez Orozco.¹



y
P

(La dictadura del proletariado en el socialismo es impuesta por burguesía: el buró político del Partido Comunista: JYO).

En Cuba, hace tres décadas, la pasión de conocer la entraña del socialismo, con el paso de los días, se convirtió en infausta frustración, por intentar una leve crítica.

Fue aleccionador, eso sí –con lo bueno y lo malo-- vivir tres meses en La Habana– donde me convertí, como periodista extranjero, en una víctima más del régimen castrista --dictadura perfecta de la sinrazón--.

Algo que jamás imaginé.

A la fecha, Cuba está considerada entre los 10 países en el mundo con más censura. Ahora bajo la mirada censora de Raúl Castro, pese al desarrollo tecnológico, ejerce un feroz control sobre la internet, redes sociales y celulares.

Ocurrió de octubre a diciembre de 1985.

Fueron 90 días que me dejaron una huella indeleble en el pensamiento y el corazón como ser humano y reportero.

Iba como becario del Instituto Internacional de Periodismo José Martí, con el aval de la desaparecida Unión de Periodistas Democráticos, que encabezaban, entre otros, reconocidos reporteros: Elías Chávez, Jorge Meléndez, José Reveles Morado.

A principios de noviembre, hace tres décadas, desde que arribé a La Habana, a los 31 años de edad, tuve una probada de la primera dosis de tiranía de lo que serían los tres meses de mi estancia habanera.

Una mujer –no recuerdo el nombre--, afrocubana treintañera, de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC), me recibió en el Aeropuerto Internacional José Martí.

A bordo de un pequeño auto gris de manufactura rusa, viajábamos rumbo al Vedado, la Calle G, donde se encuentra el Instituto, a unos tres kilómetros del malecón. Cerca de ahí se levanta el célebre hotel Riviera, construido por la mafia siciliana estadounidense.

Eran las dos de la tarde. El sol convertía al viento marino en plomo derretido sobre mi cuerpo sudoroso.

Comentaba, como si tuviera cascabeles en mi voz, que al término del curso, a finales de diciembre, mi compañera, Adriana de la Mora, vendría para pasar unos días, yo como turista, no estudiante.

Como disparadas desde la profundidad de su boca, sus graves palabras fueron obuses:
--No viene a divertirse, compañero, viene a estudiar. Eso es en los países capitalistas.
--Supongo que son factibles las dos—respondí desde el asiento del copiloto.
No hubo respuesta.

El interior del auto se convirtió en un bloque de hielo metálico.

El rostro de la mujer se endureció como piedra volcánica.

Para aligerar la tensión, a manera de agradecimiento por el traslado al Instituto, extraje de la bolsa de mi pantalón un llavero con la bandera de México. Al centro, el águila sobre el opal, devorando a la serpiente. Se lo extendí. Lo recibió a regañadientes, sin mirarlo. No agradeció el detalle.

Forjado en el adoctrinamiento marxista-leninista del CCH-UNAM, plantel Azcapotzalco, como primera generación –1971-73--, adolescente aún, mi simpatía con el socialismo se fue deslavando con el paso del tiempo, hasta abjurar de él, cuando muchos estábamos dispuestos a dar la vida por Fidel, el Che Guevara, Camilo Cienfuegos --muerto en un accidente de avioneta al poco tiempo del triunfo de la revolución cubana, aunque hay quienes, hasta la fecha, entre los cubanos, dudan de esa versión--.

Nunca soné que me convertiría en reportero. Y menos que mis inicios, de 1978 a 1982, serían en la revista Proceso.

El materialismo dialéctico, por cierto, ha servido para desarrollar mi oficio de periodista: de lo general a lo particular; y la unión y lucha de contrarios.

Contrario a quienes la impusieron esa ideología a sangre y fuego en aras de la dictadura del proletariado: rusos, chinos, cubanos, coreanos del Norte.

Incluso en México han quienes tienen la insana quimera de instaurar un gobierno similar. Marx se volvería a morir, elucubro, sólo de mirar la forma cómo se ha tergiversado su materialismo dialéctico-histórico. Nunca establece en sus escritos que el poder se toma por las armas. Argumenta que el socialismo surgiría de manera natural, luego de la última fase del capitalismo, nunca jamás del subdesarrollo, casi feudal. Y del socialismo se pasa al comunismo.

Bajo esos regímenes autoritarios la libertad de expresión es un derecho universal que no existe. Quienes intentan ejercerla, hasta la fecha, acaban en la cárcel. El peor ejemplo es Corea del Norte. En Rusia son enviados a la temible Siberia.

En mi caso, pese a ser extranjero, sin justificación alguna, también fui censurado. El largo brazo de la dictadura castrista me alcanzó.

A los largo de los tres meses en la isla, pude comprobar, eso sí reconozco con los cerrados, lo que llamo La Santísima Trinidad, la semilla que sembró el triunfo de la Revolución Cubana en 1959, y que ningún otro país latinoamericano puede ufanarse:

Salud –allá no se ve discapacitado alguno en las calles o pidiendo limosna—, educación – en las banquetas no hay siquiera una cáscara de maní--, alimentación –nadie padece desnutrición, aunque la comida local tiene poca variedad, pues viven el milagro cotidiano de no consumir comida chatarra.

Y hay que añadir una cuarta deidad: deporte.

Por eso han conseguido 208 medallas olímpicas, en contraste con las 62 de México.

Al principio devoraba todos los medios impresos, pues la televisión de Instituto estaba inservible y no teníamos radio: los diarios Granma, Juventud Rebelde, revistas Bohemia, y de la Unión de Periodistas de Cuba (UPC).

Pero me hartó el río de tinta en odas escritas que bañaban a Fidel.

“Con la revolución todo, contra la revolución nada”, es –o era—parte de la falaz filosofía de la revolución cubana.

Tres años después del triunfo de la revolución cubana, en 1959, el gobierno, encabezado por Castro, se declaró socialista y comenzó el embargo económico de Estados Unidos, que perdura a la fecha, pese al reciente restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países.

Era parte de la llamada Guerra Fría en un país abrasado por el sol

Incluso una de las arengas de Fidel era que había que estar en contra de todo lo que estuviera a favor la Casa Blanca.

Escupía para arriba, como ahora se comprueba.

Con el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países se vislumbraba un ápice de apertura a la libertad de expresión.

Pero no. Parece más férrea.

Desde principios de la década de 1960 el disenso político-ideológico en Cuba se castiga con cárcel.

En mi caso, al regreso a México, enero de 1986, perdí mi puesto de reportero como comisionado de Notimex a la Agencia Latinoamericana de Servicios Espaciales de Información.

Constituida por una docena países latinoamericanos --Cuba, Panamá, Perú, Argentina, Costa Rica, Argentina, México, entre otros--, Alasei, trataba de ser un dique al monopolio informativo de las agencias noticiosas internacionales --AP, AFP, Reuters, EFE, ANSA, UPI, entre otras--.

Pero resultó muy frágil. Acabó derrumbándose.

La sede estaba en la ciudad de México, en Insurgentes Sur. La encabezaban tres peruanos: José Carnero, Jorge Flores y Manrique. La parte editorial estaba a cargo de Carlos Fazio, uruguayo naturalizado mexicano, y Miguel Bonasso, argentino, autor del libro *Recuerdo de la Muerte*.

Sin rubor alguno –y poco ética— éste usaba a Alasei para promover su novela en América Latina.

Desde ese momento me provocó urticaria mental mi labor como reportero en esa agencia, que tenía apoyo, también, de Naciones Unidas a través de la UNESCO.

Se generaba una carpeta con material supuestamente informativo de poco más de una docena de países miembros que eran distribuidos en los medios suscritos al servicio. No había autocritica en su información. Todo era color de rosa.

Cuando llegue a Cuba llevaba media docena de ejemplares.

Sucedió que una de las materias, que impartía el matrimonio González Manet –Enrique y Olga, sexagenarios —, representantes del gobierno cubano ante Alasei, pidió un trabajo de investigación por equipo. Éramos unos 13 becarios. Todos de países de América Latina.

Sugerí hacer un análisis de contenido de las carpetas de Alasei que yo traía. A mi grupo se sumaron otro mexicano, Gerardo Tena, y un panameño, Marcos Fernández, miembro de las Fuerzas Armadas, en la época del General Noriega.

Olga y Enrique no objetaron.

La redacción del texto fue tortuosa. Había una veintena de máquinas de escribir –la mayoría Underwood--, plañideras oxidadas por la sal marina del viento habanero. Servían la mitad. Teníamos que escribir en papel oficio revolución. Ni en sueños papel bond.

Otra traba: las cintas rojinegras. Estaban casi inservibles.



Luego de intensa polémica y discusión concluimos: Alasei estaba lejos de cumplir sus objetivos de información imparcial. Sólo consignaba la parte *Ligth*, banal, de la realidad de los países miembros. La agencia era sólo un instrumento político más de los gobiernos que la integraban.

En general era anodino su contenido. Poco rescatable.

Cuando leyeron las conclusiones, Olga y Enrique pegaron el grito en el cielo. Me querían ahorcar con la mirada. Pidieron que reconsideráramos las conclusiones. Nos negamos. En respuesta optaron por descalificar el trabajo.

En una ocasión, encolerizados, me pusieron, literal, con la espada contra la pared con su interrogatorio, amenazándome con no darme la calificación:

“No vine por una calificación” –respondí y se quedaron como dos témpanos: helados--.

Y agregué:

“Vine a Cuba por una experiencia personal y profesional. Además, es un trabajo académico, intramuros, que no saldrá de las paredes del Instituto.

Nada dijeron. Sólo se miraron.

Leí en sus ojos la venganza. Días después se cumplió.

Esta historia --no supe cómo-- corrió como reguero de pólvora en una parte del círculo de la intelectualidad habanera.

Incluso, Eduardo Yasells, director del Instituto, quien había estado con Fidel en la Sierra Maestra, luego del conflicto con el matrimonio, y antes de que finalizara el curso, me pidió que a mi regreso a México lo mantuviera al tanto de mi situación laboral.

Además redactó una carta en la que explicaba que avalaba mi estancia en Cuba, durante ocho días más, luego del curso, para no tener problemas con inmigración en el aeropuerto, a mi salida de Cuba.

Recuerdo que al principio del curso, Yasells, interrogó al grupo sobre que nos interesaba de Cuba. Solicité una entrevista con Fidel Castro. Me miró como bicho raro.

Nunca tuve respuesta.

La figura de Castro, entonces, me había encandilado. Más, como reportero de la revista *Proceso*, leía embelesado reportajes, crónicas y entrevistas sobre él. Sobre todo un texto del director, Julio Scherer García.

Durante los tres meses de mi estancia en la isla, quise vincularme con la parte que, como becario o turista, no se suele ver: la del pueblo marginado. Tuve la suerte de establecer contacto con Alexis Fernández, de 23 años. Trabajaba en la telefónica estatal.

Padecía migraña crónica y para paliarla consumía marihuana.

Para ello asumí el riesgo, que pudo significar mi expulsión del país, de cambiar dólares por pesos cubanos, que, en el cambio oficial, estaban 1 por uno. Pero en el mercado negro llegaban a pagar hasta 7 por uno.

Me convertí en el enlace entre algunos de los estudiantes del instituto y los llamados “gusanos”.

Estaba fresco el éxodo del puerto Mariel, donde se mencionó que llegaron a salir de la isla más de 125 mil personas.

Constaté la nula libertad de expresión y el férreo control social desde en los barrios.

Por ejemplo, cuando querían organizar una fiesta había que pedir permiso a alguno de los miembros de las Fuerzas de Defensa Revolucionarias, equivalentes a los jefes de manzana que hubo un tiempo en México. E informar quiénes y de dónde eran los asistentes.



Hace poco descubrí una historia que dio más luz a mi rechazo a los regímenes totalitarios socialistas, y que cae como anillo al dedo.

Hay un pasaje de la novela *Los que Vivimos*, de Ayn Rand, editada por Plaza y Janes en 1974. La escritora pasó en Rusia, antes de trasladarse a Estados Unidos, los traumáticos momentos de la guerra civil y el triunfo de la Revolución de Octubre. Su obra es un ejemplo de quehacer literario.

En las páginas 85 y 86 describe descarnada:

--Yo creía que los comunistas no hacen nunca más que lo que deben hacer, y que nunca quieren hacer otra cosa.

--Es raro --sonrió él a su vez--. Debo de ser un mal comunista, porque esta vez no he hecho más que lo que deseaba hacer.

--¿Su deber revolucionario?

--No hay deber. Si se sabe que una cosa es justa se siente el deseo de hacerla. Si no se siente ese deseo es porque no es justa. Y si es justa y no suscita en nosotros ningún interés, ello significa que no sabemos qué es la justicia. Y entonces uno no es un hombre.

--¿Nunca ha deseado usted una cosa sin pensar si es justo o no? ¿Sin otra razón que... el deseo mismo?

--Ciertamente. Esta ha sido siempre mi única razón. Nunca he deseado nada que no sirviese mi causa. Porque, ¿sabe usted? Se trata de *mí* causa.

--¿Y su causa es renunciar a su personalidad para el bien de millones de hombres?

--Para conducir a esos millones de hombres a donde yo deseo que vayan... por mí mismo.

--Y cuando cree que una cosa está bien, ¿lo hace siempre usted?

--Ya sé lo que va a decir. Lo que dicen la mayor parte de nuestros enemigos. Porque vosotros admiráis nuestros ideales, pero odiáis nuestros métodos.

--Al revés: odio vuestros ideales, y admiro vuestros métodos. Si uno cree tener razón, no debe aguardar a convencer a millones de estúpidos. Puede obligarles. Lo que no sé es si llegaría a incluir entre mis métodos el derramamiento de sangre.

--¿Por qué no? Cualquiera puede sacrificar su vida por un ideal. Pero, ¿cuántos conocen una devoción que llegue hasta hacerles capaces de sacrificar la vida de otro? Es algo horrible, ¿verdad?

--Absolutamente. admirable... sí tenéis razón. Pero, ¿la tenéis?

--¿Por qué odia usted nuestros ideales?

--A causa de una razón importante, principal, y eterna, por muy bello que sea el paraíso que vuestro Partido promete a la humanidad. ¿Qué pueden ser vuestros ideales, si hay un que no podréis evitar, sino que sale a la superficie como un veneno mortal capaz de convertir en infierno horrible todos vuestros paraísos, ese ideal vuestro quiere que el hombre viva para el Estado.

-- ¿Acaso puede vivirse para un ideal más grande que éste?

-- No lo sabéis --y la voz de Kira se estremeció súbitamente con una súplica apasionada, imposible de ocultar--. ¿Ignoráis que en los mejores de vosotros hay cosas que ninguna mano extraña puede atreverse a tocar? ¿Cosas sagradas, por la misma razón --y no por otra-- que de ellas puede decirse: “Esto es mío”. ¿No sabéis que los mejores de vosotros, los que merecen vivir, viven únicamente para sí mismos? ¿Ignora usted que en cada en casa uno de nosotros hay algo que no puede tocar ningún Estado, ninguna colectividad, ningún número de millones de hombres?

--No lo sé.

Finalizado el curso en el Instituto José Martí, llegó mi pareja, Adriana, a La Habana. Fuimos invitados a cenar por la corresponsal de la agencia noticiosa italiana Ansa, Giannina Bertarelli. Tres años atrás había sido reportero-redactor de esa empresa en la ciudad de México.

Hubo quesos, vino y ron Matusalen.

Para mi sorpresa, pues no había comentado con ella lo sucedido en el Instituto, me comunicó que había un grupo de personas que se interesaban en lo sucedido con la pareja González Manet. Y que deseaban hablar conmigo. Entre ellos, había el descendiente -- sacerdote católico—de un héroe de Cuba de finales del siglo antepasado, cuyo nombre no recuerdo.

Dije que sí, pero no dije cuándo.

No deseaba ser un instrumento político en contra del régimen cubano, pese a que ya presentía lo que se confirmó a mi regreso a México y, durante una charla con Carnero, el titular de Alasei: mi despido.

Era obvio que Olga y Enrique González Manet me habían acusado lo cuál, en automático, derivó en mi cese.

En el escenario de que desaparecería Alasei --como sucedió dos o tres años después-- perderían sus privilegios --entre ellos, viajes fuera del país— como parte de la dictadura perfecta de la sinrazón.

¿Su peor rostro?

La censura.

¹ Ex colaborador de la revista *Proceso*. Fue distinguido con el Premio Nacional de Periodismo. E mail:
tzotzilyaoro@hotmail.com pumaacatlanunam@gmail.com

R
y
P